

sin punto aparte

Terencio, el trágico, apretó a la humanidad en una despiadada comprensión: "Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno ni desconocido". De suyo, quedaba inteligentemente comprendido. Pero para comprenderlo no bastan sus tragedias. Tendríamos que colocarnos más allá, más alto, analizar su tiempo, sus razones, la situación pública, privada, de relación; es decir, la totalidad humana entre la que vivió, arrastradora de un pasado y formadora de un futuro que no podría parecerse a la primera generación. Es la razón de cada época. Así, tal cual, debería hacerse la Historia. Así no se hace la Historia.

Como en la época de Terencio, o en la de los Jonios, o en la de los Hititas, estamos divididos en clases. Sí, ya sé, o se dice, que en la DEMOCRACIA todos somos iguales ante la Ley. Esto podría conmovernos hasta las lágrimas si no nos detuviera el terror de pensar que la Ley se ha escrito para condenarnos a todos por igual. Y la sombra de la horca tiene una mueca forzada a cuerda. Lo que nos diferencia como "clases" de las otras épocas, es el sentido de los términos de cada una, debido a las transformaciones económicas y morales que se han sucedido. Y pongo a la economía antes que a la moral, porque indiscutiblemente es más amplia. Siempre se vio que la economía dominaba a los conceptos morales, pero todavía no hemos visto que la moral dominara a los economistas. Cualquier libro de Historia más o menos pequeño como para merecer el nombre de "manual" nos habla de las clases sociales de los distintos pueblos. Siempre hay reyes o jefes; nobles, clero, ejército, comerciantes, trabajadores y esclavos. Un hecho curioso, aunque no señalado, es el

concepto de la esclavitud en cada caso. Y otro hecho más curioso todavía, y menos descubierto, es el de que la primitiva esclavitud fue subiendo de clase en clase mientras cada clase pasaba a su vez a ocupar el lugar inferior vacante. Cuando los esclavos eran reconocidos hasta por la misma legislación, (el amigo Licurgo, por ejemplo) el amo tenía obligación de proveerles medios suficientes para vivir y protegerlos de las guerras, de las que estaban exentos. Vamos, exentos de ir; de tomar las armas; de guerrear en defensa de ninguna patria, concepto desconocido, ni de ninguna libertad, que todavía no se había erigido en suprema función. Pero de inmediato se la establece, y los esclavos, ahora liberos, pueden dedicarse al comercio, por ejemplo, o a los oficios anteriores pero por una paga. Lo único distinto es que quedan "libres" de la vieja protección. En cambio muchos comerciantes se arruinan (no digamos nada de los nobles) y claman por la esclavitud. "Compran" la esclavitud entregándose como esclavos para ser protegidos. Que es cuando el antiguo libre siente el envilecimiento de la esclavitud, y el antiguo esclavo se ensoberbece con su poder discriminatorio de libertad. Hay dos clases distintas de resentimientos que crecen incansables hasta producir el conflicto social (nada más que el encuentro de los grupos resentidos) que lentamente se complican. Ante otra pregunta nos sentimos girando infinitamente en un caleidoscopio hasta que a nuestra vez, como respuesta, nos atrevemos, por ejemplo, a preguntar: ¿Y por qué no podrá desaparecer nuestra clase media? Hoy es numerosa, pero esclavizada (impuestos, obligaciones, gravámenes, superposiciones impositivas, aranceles, ganancias reducidas y onerosa e inevitable ostentación) y como toda especie que siente la esclavitud tiende a liberarse. A veces el proceso es una simple absorción, como cuando las clases tradicionales de la "alta socie-

dad" (provenientes desde luego de las humildísimas clases agrícolas) se transforman involuntariamente, por ósmosis, en una nueva clase industrial descendiente de una anterior clase "trabajadora". El de abajo de turno blasfema contra los de turno de los escalones más altos. Apenas una situación contra una circunstancia. Además, hay distintas formas de clasificar a los seres humanos. La clase más numerosa, que comprende casi a todos y en todas las circunstancias, es la de los guarangos. Y conste que no hablamos contra el país, al que nuestro amor nos hace por un momento abandonar la sonrisa y contener un estremecimiento. Desde luego que la incultura es un privilegio de la libertad, y un ritmo de "nuestra" democracia (época). Y yo no puedo, ni en nombre de la mismísima libertad, tomar un palo y golpear al "clase" que me ofende con maldad sutil y propósito deliberado en el colectivo, en el bar, en la empresa donde tramito o en el teléfono público. ¿Hechos recientes de las formas sociales? En la China se fusila a mansalva a los democráticos mientras en Bahía Blanca se libera a tres representantes de Mao que por su parte tienen el inefable deseo de destruirnos. Gracias. Tú, que quieres matarme, ¿no será tu cadáver el que siga al mío? Sólo que tú no sabes para qué. Lo más resaltante de esta "desclasificación" es la mezcla de todas en todos, y un deseo despersonalizado (anti humano) de concebir el orden y la convivencia. Si se nos ocurre hablar del ideal el coro se mofa con gestos y risas que trasuntan sociedad; si del espíritu, esto es una tontería ya superada por una sociedad inteligente y científica. Vivimos en un mundo donde el gran "oscurantista" es el mismísimo Dios. Lo otro es el ansia de poder. Todas lo ansian y todas lo detentan por turno. A pesar de todo, como dice un filósofo amigo mío, la mayor de las rebeldías es la paciencia.

E. F. Prieto